

LA FILOSOFÍA DE LA FRAGILIDAD COMPARTIDA



Un ensayo sobre la Comunión Humana



PROYECTO LÍTICA

Piedras de la Comunión Humana

LA FILOSOFÍA DE LA FRAGILIDAD COMPARTIDA

LA FILOSOFÍA DE LA FRAGILIDAD COMPARTIDA

* * *

Un ensayo sobre la Comunión Humana

PROYECTO LÍTICA

Piedras de la Comunión Humana

2026

La Filosofía de la Fragilidad Compartida. Un ensayo sobre la Comunión Humana

Primera edición, 2026

Proyecto Lítica, Piedras de la Comunión Humana

Ninguna afirmación de este libro atribuye a los objetos que lo acompañan propiedades físicas, terapéuticas o sobrenaturales. Su valor es simbólico.

Contenido

Prólogo. Una filosofía nacida de una piedra

Capítulo I. Todos necesitamos de alguien

Capítulo II. La fragilidad no es un defecto

Capítulo III. Los autores invisibles

Capítulo IV. La piedra, memoria mineral

Capítulo V. El anhelo

Capítulo VI. Creo en ti, humanidad

Capítulo VII. La oración como acto de humildad

Capítulo VIII. La mirada

Capítulo IX. La Comunión Humana

Capítulo X. El otro primero

Capítulo XI. El silencio también es una respuesta

Capítulo XII. La geometría del universo y la geometría del corazón

Capítulo XIII. El ritual y la pausa

Capítulo XIV. La humanidad como un solo cuerpo

Epílogo. Una ética práctica de la fragilidad compartida

Los pilares. Fundamentos interdisciplinarios del ensayo

Las raíces. La fragilidad compartida en los libros sagrados

Prólogo. Una filosofía nacida de una piedra

Este libro nace de un objeto humilde. Una piedra, simple, pero no tan simple: tiempo compactado, presión, historia, memoria mineral. Quien la toma en la mano percibe peso y textura, pero también una pregunta. Cuántas manos la tocaron antes, cuántos siglos sostienen su forma. Es testigo silencioso, fragmento de algo más grande. Y sin embargo aquí está, ahora, con nosotros. De esa experiencia elemental, la de sostener algo más antiguo que toda memoria humana, brota la intuición que este ensayo intenta desplegar: que la vida de cada persona, tan breve y tan frágil, está sostenida por una red inmensa de manos, decisiones y presencias que casi nunca vemos.

Conviene decir desde el inicio lo que esta filosofía no es. No es una religión, aunque respeta profundamente a quienes creen y toma prestado, sin vergüenza, el lenguaje de la oración. No es esoterismo, porque no atribuye a ningún objeto poderes ocultos ni promete efectos sobre el mundo. No es tampoco un manual de autoayuda, porque su punto de partida es exactamente el contrario al de la autoayuda: la convicción de que nadie se ayuda solo, de que el yo no es una fortaleza que deba optimizarse sino un nudo de relaciones que debe reconocerse. Es, en el sentido más antiguo de la palabra, una filosofía de vida: un modo de mirar, una disciplina de la atención y una ética de la reciprocidad.

Su tesis puede formularse en tres frases. Primera: el ser humano es constitutivamente frágil, y esa fragilidad no es un defecto que corregir sino la condición que nos hace sociales, morales y capaces de amar. Segunda: toda realización humana, desde el pan de cada mañana hasta el amor de toda una vida, es obra de una multitud de autores invisibles, de modo que la existencia de cada uno es, sin exageración, una obra colectiva. Tercera: la esperanza razonable no consiste en aguardar milagros, sino en confiar en la Comunión Humana, ese momento en que miles de pequeñas voluntades coinciden a favor de alguien, y en comprometerse a ser, para otros, una de esas voluntades.

Los capítulos que siguen son breves y meditativos. Pueden leerse en orden o abrirse al azar, como se toma una piedra del camino. Piden lectura lenta: no informan, acompañan. Cada uno desarrolla una faceta de la

misma idea, porque las filosofías de vida no avanzan en línea recta; giran alrededor de su centro como el caminante gira alrededor de la montaña, viéndola cada vez desde un lugar distinto y comprendiendo, al final, que siempre fue la misma montaña.

Capítulo I. Todos necesitamos de alguien

El ser humano no vive aislado. Vive sostenido por millones de decisiones ajenas.

Basta un inventario de la primera hora del día para comprobarlo. El agua que corre por la llave llegó porque alguien diseñó, construyó y mantiene una red que atraviesa la ciudad bajo nuestros pies. El pan fue sembrado, cosechado, molido, amasado y transportado por personas que no conoceremos jamás. La electricidad que enciende la primera luz viene de turbinas que otros vigilan de noche. La ropa que nos ponemos pasó por decenas de manos en lugares cuyo nombre ignoramos. Antes de haber saludado a nadie, antes incluso de haber pensado en nadie, ya hemos sido sostenidos por miles de personas.

Y hay una dependencia todavía más honda que la material. Las palabras con las que pensamos no las inventamos nosotros: son una herencia de generaciones que las pulieron durante siglos y nos las entregaron gratis, como se entrega el fuego. Los conceptos con los que nos entendemos a nosotros mismos, las canciones que nos consuelan, los gestos con que amamos, todo nos fue dado. Hasta la soledad está amueblada por otros: quien se retira a pensar a solas lo hace en un idioma que es de todos, recordando rostros, discutiendo con ausentes. No existe un yo anterior al nosotros. Existimos, desde el principio, en deuda.

La época moderna cultivó el mito contrario: el individuo que se hace a sí mismo, que no le debe nada a nadie, que llega a la cima por puro esfuerzo propio. Es un relato comprensible, porque el esfuerzo existe y merece honra. Pero es un relato incompleto hasta la falsedad. Nadie se hace a sí mismo: a lo sumo, administra bien lo que una multitud le fue dando. Detrás de cada hombre hecho a sí mismo hay una madre que veló fiebres, un maestro que corrigió cuadernos, un desconocido que dio una oportunidad, instituciones que otros fundaron, paz que otros defendieron. El mérito personal es real, pero es la última capa de un edificio cuyos cimientos pusieron otros.

Reconocer esto no humilla; ubica. Quien se descubre sostenido no se vuelve más pequeño, se vuelve más verdadero. Y ese reconocimiento tiene

una consecuencia inmediata: si mi vida depende de innumerables otros, entonces innumerables otros dependen, aunque no lo sepa, de mí. La red no tiene espectadores; todos somos nudos. Cada decisión mía, la más pequeña, el correo que respondo o dejo sin responder, la puerta que sostengo o dejo caer, es para alguien, en alguna parte, un hilo de esa red. La primera enseñanza de la fragilidad compartida es, entonces, una doble noticia: nunca estuvimos solos, y nunca fuimos inocentes de la vida de los demás.

Capítulo II. La fragilidad no es un defecto

Un ser invulnerable no necesitaría a nadie. Por eso no podría amar a nadie.

Nuestra cultura trata la fragilidad como una falla que corregir. Se nos exige ser fuertes, autónomos, resilientes, invulnerables; la debilidad se esconde como se esconde una deuda. Esta filosofía propone la inversión exacta de esa mirada: la fragilidad no es el accidente de la condición humana, es su fundamento. Nacemos antes de estar terminados, incapaces de sostener siquiera la propia cabeza, y necesitamos años de cuidado ajeno solo para sobrevivir. Ningún otro animal depende tanto, durante tanto tiempo. Somos la especie del cuidado porque somos la especie de la fragilidad.

Piénsese en un ser hipotético que no necesitara nada de nadie: sin hambre, sin frío, sin miedo, sin muerte. Nada podría dañarlo, y por eso nada podría conmovirlo. No esperaría a nadie, no agradecería nada, no echaría de menos, no celebraría un reencuentro. La invulnerabilidad, vista de cerca, se parece terriblemente a la soledad absoluta. Si los seres humanos se buscan, se agrupan, se prometen cosas y se perdonan, es porque cada uno sabe, con un saber anterior a todo razonamiento, que no se basta. La fragilidad es la puerta por donde entran el amor, la gratitud, la lealtad y la compasión. Sellada esa puerta, no entra nada.

También el valor de las cosas nace de ahí. Si nada pudiera perderse, nada sería precioso. Amamos este día porque no se repetirá, esta salud porque puede quebrarse, esta compañía porque alguna vez faltará. La finitud no le quita valor a la vida: es la fuente misma del valor. Por eso la piedra, que casi no puede perderse, que permanecerá cuando nosotros ya no estemos, resulta un espejo tan elocuente: frente a su duración casi eterna, nuestra brevedad se vuelve visible, y con ella la urgencia serena de vivir con sentido.

De aquí se desprende una ética del trato con la propia debilidad. Esconder la fragilidad es mentir dos veces: ante los demás, a quienes se les niega la verdad de lo que somos, y ante uno mismo, a quien se le impone un personaje agotador. Mostrarla con dignidad, en cambio, es un acto de

generosidad, porque autoriza a los demás a mostrar la suya. Cuando alguien dice necesito ayuda, no solo pide: regala. Regala a los otros la ocasión de ser necesarios, que es una de las formas más altas de la alegría humana. La fragilidad compartida no es la suma de dos debilidades, sino el nacimiento de una fuerza que ninguno tenía por separado.

Capítulo III. Los autores invisibles

Toda realización tiene miles de autores que jamás firmarán la obra.

Tómese cualquier logro humano y sígase su hilo hacia atrás. Un título profesional: detrás están los profesores, y detrás de ellos quienes los formaron; están los compañeros que explicaron lo que la clase no aclaró, la familia que sostuvo los años improductivos del estudio, los autores muertos cuyos libros hablaron desde el estante, el personal que abría la biblioteca cada mañana. Un empleo conseguido: alguien leyó un currículum entre cientos, alguien decidió dar una entrevista más, alguien dijo una palabra favorable en una reunión que nunca conoceremos. Una enfermedad superada: generaciones de investigadores, enfermeras de turno de noche, el donante anónimo, el laboratorista puntual. Ninguna vida lograda es una obra individual. Todas son coautorías masivas con la firma de uno solo.

Los autores invisibles no solo están en el pasado remoto; operan ahora mismo. En este instante alguien mantiene la red eléctrica que permite leer estas líneas, alguien conduce el camión con los alimentos de mañana, alguien corrige el mapa que usaremos sin pensarlo. La invisibilidad no es distancia: es simplemente el modo en que la trama funciona. Una red que se viera entera sería inhabitable; por eso se retira discretamente del campo visual, como el esqueleto se retira bajo la piel. Pero que no se vea no significa que no esté. La madurez consiste, en buena parte, en aprender a ver el esqueleto de la vida común.

Este capítulo no pretende disolver el mérito personal, sino situarlo. El esfuerzo propio es real: hay que estudiar la noche anterior, presentarse a la entrevista, tomar el tratamiento, escribir el libro. Nadie puede hacerlo por nosotros. Pero el esfuerzo es siempre la última milla de un camino que otros pavimentaron. Reconocerlo cambia dos actitudes ante la vida. Ante el propio éxito, sustituye la soberbia por la gratitud: no todo fue mío, y eso no lo empequeñece, lo ennoblece. Ante el fracaso ajeno, sustituye el juicio por la pregunta: qué autores invisibles le faltaron a esa persona, qué

puertas no se abrieron, qué maestro no llegó, qué palabra favorable nadie dijo.

La gratitud, entendida así, no es una cortesía: es una forma de conocimiento. El ingrato no es solo descortés; es alguien que ve mal, que percibe una versión mutilada de la realidad donde solo existe su propio esfuerzo. El agradecido ve más: ve la red. Por eso esta filosofía propone un ejercicio simple y transformador: ante cada cosa buena de la propia vida, preguntarse quiénes la hicieron posible, nombrar mentalmente a algunos, aceptar que la mayoría no tiene nombre. Ese acto, repetido, cambia la textura de los días. El mundo deja de ser un escenario de individuos compitiendo y se revela como lo que siempre fue: una inmensa colaboración anónima que, la mayor parte del tiempo, funciona.

Capítulo IV. La piedra, memoria mineral

La piedra recuerda lo que el hombre olvida.

Por qué una piedra. Porque la piedra es tiempo hecho materia. La que cabe en una mano pudo formarse hace millones de años, bajo presiones que ninguna máquina humana reproduce, en un mundo sin ciudades, sin lenguaje, sin nadie que la nombrara. Ha visto lluvias y sequías, glaciaciones y veranos, y ha atravesado todo eso sin prisa, porque la prisa es un invento de los seres que mueren pronto. Sostener una piedra es sostener un fragmento del tiempo profundo, y sentir, en el peso frío de la palma, la desproporción entre su duración y la nuestra. Esa desproporción no deprime: ordena. Recuerda cuál es nuestro tamaño, y a la vez cuál es nuestro privilegio, porque la piedra dura pero no sabe que dura, y nosotros duramos poco pero lo sabemos, y ese saber es la raíz de todo sentido.

La humanidad lo intuyó siempre. En los pasos de la cordillera andina, los viajeros levantan apachetas: montículos donde cada caminante deposita una piedra al pasar, una petición de buen viaje sumada a las de miles que pasaron antes. En la tradición judía se deja una piedra sobre la lápida visitada, porque las flores se marchitan y la piedra permanece, como debe permanecer la memoria. Los senderos del mundo están jalonados de cairns que dicen, sin palabras, por aquí pasó alguien, por aquí se puede pasar. En los caminos de Chile, las animitas custodian con piedras y velas el lugar exacto donde una vida se interrumpió. En todas las culturas, cuando el ser humano quiere decir esto importa y debe durar, no escribe en el agua ni en el aire: pone una piedra.

Conviene ser preciso sobre lo que la piedra no es. No es un amuleto: no contiene energía, no se carga, no se activa, no concede nada. Toda la tradición esotérica que atribuye poderes a los minerales queda fuera de esta filosofía, no por desdén hacia quienes la practican, sino por honestidad: no hay evidencia de tales poderes, y la esperanza construida sobre afirmaciones falsas es una esperanza hipotecada. La piedra de esta filosofía hace una sola cosa, y la hace de modo insuperable: permanece. Mientras nosotros cambiamos, ella permanece. Mientras olvidamos, ella recuerda. Mientras dudamos, ella espera.

Y esa única función basta. Porque el gran enemigo de los propósitos humanos no es la imposibilidad sino el olvido. Olvidamos lo que juramos, lo que anhelamos, lo que decidimos ser. Los días tapan los días. Un objeto que permanece, elegido y cargado de significado por su dueño, es un anclaje contra ese olvido: cada vez que la mirada tropieza con él, el propósito vuelve. En esto la piedra no tiene nada de mágico y todo de humano: funciona como funciona el anillo en el dedo del casado o la fotografía en el escritorio del padre. No hace nada. Recuerda todo.

Capítulo V. El anhelo

Aquello que deseo con pasión y corazón sincero.

Conviene distinguir dos palabras que la prisa confunde: el deseo y el anhelo. Deseos tenemos cientos al día, livianos, intercambiables, casi todos sembrados desde fuera: el objeto del anuncio, la vida de la vitrina ajena, lo que otros parecen tener. Se apagan al satisfacerse o al distraerse, y dejan poco rastro. El anhelo es otra cosa. Es el deseo que ha echado raíz, el que vuelve cuando todo lo demás calla, el que resiste años, el que no se deja sustituir. Encontrar un trabajo digno, ser amado de verdad, sanar, reconciliarse, traer un hijo, hallar la propia vocación: los anhelos son pocos en cada vida, y quien los enumera con honestidad se ha descrito a sí mismo mejor que con cualquier biografía.

El anhelo tiene, además, una propiedad que el deseo superficial no tiene: casi siempre involucra a otros. Se puede desear un objeto a solas; no se puede anhelar a solas casi nada de lo que de verdad importa. El trabajo lo dará alguien, el amor será de alguien, la reconciliación necesita al otro, la vocación se ejerce para otros. Por eso el anhelo es la puerta natural de esta filosofía: quien examina lo que más quiere descubre, en el centro mismo de su intimidad, la dependencia de la red humana. Anhelar es, sin saberlo, ya estar orando a la humanidad.

La primera tarea con el anhelo es nombrarlo. Parece trivial y es lo más difícil: muchas personas atraviesan años empujadas por una inquietud que jamás formulan, y esa vaguedad tiene un precio, porque nadie puede caminar hacia lo que no ha nombrado, y la red no puede converger hacia lo que ni siquiera su dueño distingue. Ponerle palabras exactas al anhelo, decirlo en voz baja, escribirlo, pronunciarlo en una oración, es el primer acto de su cumplimiento. No porque las palabras convoquen fuerzas, sino porque orientan a la única fuerza disponible: la propia atención y, a través de ella, los mil pequeños actos que empiezan a alinearse cuando alguien sabe por fin qué busca.

La segunda tarea es purificarlo, y aquí esta filosofía pone su única condición. El criterio aparece en su oración fundacional: que las cosas se entrelacen sin daño para nadie. El anhelo legítimo no necesita víctimas; el

que las necesita no es anhelo sino apetito de poder, y ninguna piedra debe custodiarlo. Purificar el anhelo es también examinar su origen: cuánto de lo que persigo lo quiero yo, y cuánto lo quiere en mí la mirada de otros, la vanidad, el miedo. El anhelo purificado se reconoce por dos señales: puede decirse en voz alta sin vergüenza, y su cumplimiento haría bien a más personas que uno.

Queda, por último, defender la dignidad de anhelar. Hay una falsa sabiduría que aconseja no desear nada para no sufrir, y una falsa espiritualidad que trata todo anhelo como apego a extirpar. Esta filosofía sostiene lo contrario: el anhelo es el órgano de la esperanza, la prueba de que la vida todavía apunta hacia adelante. Quien ya no anhela nada no ha alcanzado la paz: ha empezado a retirarse. Cuidar el propio anhelo, nombrarlo, purificarlo, sostenerlo en la espera y confiarlo a la red humana no es debilidad ni ingenuidad. Es la forma más seria de estar vivo.

Capítulo VI. Creo en ti, humanidad

La confianza no es un diagnóstico. Es una apuesta que crea aquello que apuesta.

Todas las oraciones de esta filosofía comienzan igual: creo en ti, humanidad. La frase merece detenerse, porque no es evidente. Creer en la humanidad, en esta humanidad, la de las guerras y las estafas, la de la indiferencia organizada, la que pasa de largo. Cualquier lector honesto ha sido herido alguna vez por personas concretas, y los noticiarios le confirman cada noche que la especie no mejora. Decir creo en ti, humanidad no puede ser, entonces, el resultado de un cálculo ingenuo. Es otra cosa: es una decisión, y este capítulo quiere mostrar que es la decisión más razonable disponible.

Primero, un ajuste de percepción. Lo que llamamos noticias es, por definición, lo excepcional: se informa del puente que cae, no de los miles que resisten; del que traicionó, no de los millones que hoy cumplieron su palabra. La bondad cotidiana no es noticia porque es la regla de fondo que hace posible todo lo demás. Cada día, sin cámaras, incontables personas cuidan enfermos, enseñan a niños ajenos, devuelven billeteras, ceden asientos, sostienen ancianos, hacen bien su trabajo para desconocidos. Una sociedad donde eso no fuera mayoritario no duraría una semana. Quien dice que ya no cree en la humanidad suele estar creyendo, sin advertirlo, en la muestra sesgada que le sirvió la pantalla.

Segundo, la naturaleza propia de la confianza. Con los hechos del pasado corresponde el juicio; con los actos futuros de seres libres, el juicio es imposible y solo cabe la apuesta. Y las apuestas sobre personas tienen una propiedad extraordinaria que los objetos no tienen: tienden a crear lo que apuestan. El niño tratado como confiable se vuelve más confiable; el empleado en quien se cree rinde más que el vigilado; la persona a la que se le tiende la mano descubre, a veces con sorpresa, que puede responder. La desconfianza también crea su mundo: quien trata a todos como amenazas acaba rodeado de extraños a la defensiva, y llama a ese desierto realismo. Entre dos profecías que se cumplen a sí mismas, elegir la confianza no es candidez: es estrategia y es creación.

Tercero, la confianza de esta filosofía no es ceguera. No pide creer que nadie dañará, ni suprimir la prudencia, ni entregar la casa al primer desconocido. Pide algo más preciso: creer que la convergencia buena es posible y frecuente, que en la red hay siempre manos dispuestas aunque no se sepa cuáles, y que vale la pena vivir de modo que esas manos puedan encontrarnos. Es la confianza del sembrador, que no sabe qué semilla prosperará y sin embargo siembra el campo entero; la del que escribe cartas sin garantía de respuesta; la del que vuelve a intentar. Confianza con los ojos abiertos: espera lo mejor, resiste lo peor, y no permite que lo peor le dicte la ley.

Por eso el credo de esta filosofía se pronuncia en presente y en segunda persona: creo en ti. No creo en la humanidad como quien afirma una tesis, sino como quien le habla a alguien. La fe laica que este libro propone es exactamente eso: dirigirse a la humanidad como a un tú capaz de responder, sabiendo que ese tú está hecho de personas falibles, entre las cuales estamos nosotros. Y aquí la frase revela su doble filo, porque quien dice creo en ti, humanidad queda incluido en el destinatario: declara su confianza y, en el mismo acto, contrae la obligación de merecerla. El credo es también un compromiso. Creer en la humanidad obliga a dar razones a los demás para que ellos también puedan creer.

Capítulo VII. La oración como acto de humildad

La oración no cambia el universo. Cambia la probabilidad de encuentro entre seres humanos.

Qué es orar cuando no se ora a un dios. La pregunta parece un contrasentido y es, en realidad, la llave de esta filosofía. Despojada de teología, la oración es el acto por el cual una persona reconoce en voz alta que no se basta a sí misma. Es la declaración solemne de la propia insuficiencia, y por eso es el acto de humildad por excelencia. Quien ora dice: hay algo que anhelo y que no depende solo de mí; necesito que otros existan, me vean, coincidan conmigo. En un tiempo que exige aparentar autosuficiencia, arrodillarse ante la propia necesidad, aunque sea en el secreto de una habitación, es casi un acto de rebeldía.

Las oraciones de esta filosofía se dirigen a la humanidad. Comienzan diciendo creo en ti, humanidad, y piden lo que solo la humanidad puede dar: que el oído distante se sensibilice ante un dolor que no conoce, que las personas se alineen en el momento preciso, que la mirada que ignora nuestra existencia se encuentre con la nuestra, que alguien se compadezca, que alguien interceda. Son peticiones perfectamente realistas: cada una describe algo que los seres humanos hacen efectivamente todos los días, miles de veces, unos por otros. La oración laica no pide que se suspendan las leyes de la naturaleza. Pide que se cumplan las leyes de la fraternidad.

Pero entonces, si nadie la escucha en un cielo, para qué orar. Primero, porque orar ordena el deseo. La mayoría vive entre anhelos difusos que nunca formula; al obligarse a decir qué pide exactamente, la persona se entera de lo que quiere, y ese solo esclarecimiento reorienta decisiones. Segundo, porque orar dispone al encuentro: quien ha pedido ayuda a la humanidad mira distinto a cada humano concreto que encuentra después; está atento, disponible, agradecido de antemano, y esa disposición multiplica de hecho las probabilidades de que la ayuda ocurra y sea reconocida cuando ocurra. Tercero, porque orar consuela sin engañar: da forma, ritmo y compañía al anhelo, que es lo que el ser humano ha buscado siempre en la oración, más acá de toda dogmática.

Hay, por último, una dignidad del pedir que esta filosofía quiere restaurar. Nos enseñaron que pedir rebaja, que el necesitado molesta. Es falso. Pedir con verdad es honrar al otro: es decirle te creo capaz de ayudarme, te otorgo un lugar en mi vida. Las sociedades no se sostienen sobre individuos que no piden nada, sino sobre el flujo incesante de peticiones y respuestas, visibles e invisibles. Quien nunca pide no es fuerte: es un punto muerto en la circulación del don. La oración a la humanidad es la forma pura del pedir: sin destinatario que pueda sentirse presionado, sin deuda que contraer, es el gesto desnudo de una criatura frágil que dice, hacia todos y hacia nadie, aquí estoy, necesito, confío.

Capítulo VIII. La mirada

*Que aquella mirada distante, que quizá ignora mi existencia,
se encuentre con la mía.*

De todas las peticiones humanas, la más honda no es la de recursos sino la de mirada. Antes que pan, techo o trabajo, el ser humano pide ser visto. El recién nacido busca los ojos de la madre antes de saber qué son unos ojos. El niño grita mírame desde el borde de la piscina, porque la hazaña no vista no cuenta. El anciano en el pasillo de la residencia no sufre primero por el cuerpo, sino por haberse vuelto transparente. Gran parte del dolor moderno es dolor de invisibilidad: el migrante a quien nadie pregunta su nombre, el postulante cuya carpeta nadie abre, el que fracasó y nota cómo las miradas resbalan sobre él como sobre un mueble.

El filósofo Emmanuel Lévinas puso esta experiencia en el centro de su pensamiento: el rostro del otro, decía, me interpela antes de todo razonamiento; verlo de verdad es ya quedar obligado. No hace falta suscribir toda su metafísica para reconocer la verdad cotidiana que señala: la mirada no es un acto óptico, es un acto moral. Se puede tener a alguien en el campo visual sin mirarlo jamás, y todos sabemos distinguir, con precisión infalible, cuándo hemos sido vistos y cuándo solo hemos sido registrados. Mirar a alguien es admitir que existe, que su existencia me concierne, que a partir de ahora no podré decir que no sabía.

Por eso las oraciones de esta filosofía piden, insistentemente, mirada. Que la humanidad vuelva su mirada hacia mí. Que quien no sabe de mi existencia me descubra. Que se me vea antes de juzgarme, que se reconozca mi cansancio, que se lea en mi silencio lo que no alcanzo a decir. Son las peticiones más universales que existen, las que todo ser humano ha murmurado alguna vez en una sala de espera, en una entrevista, en el andén de una estación, frente a alguien amado que mira hacia otra parte. Ponerlas por escrito y pronunciarlas no las vuelve mágicas; las vuelve conscientes, y la conciencia es el primer paso de todo cambio real.

Y aquí opera, una vez más, la ley de reciprocidad que atraviesa todo este libro: no se puede pedir mirada con verdad sin comprometer la propia. Quien ha sentido el dolor de ser invisible queda inhabilitado para hacer

invisibles a otros. La filosofía de la fragilidad compartida propone así una disciplina concreta, mínima, al alcance de cualquier día: mirar deliberadamente a quien no suele ser mirado. Al guardia, a la cajera, al que limpia, al que espera, al que llega último. Sostener los ojos un segundo más, preguntar un nombre, registrar un rostro. No es poco. Para quien lo recibe puede ser, ese día, la única prueba de que existe. Y quien lo da descubre que la mirada, a diferencia del dinero, se multiplica al gastarse.

Capítulo IX. La Comunión Humana

La comunión es el momento en que miles de pequeñas voluntades coinciden.

Llega el momento de nombrar el centro. Llamamos Comunión Humana a la convergencia de muchas voluntades pequeñas en favor de alguien. Cuando un desconocido decide ayudar, cuando alguien recuerda un nombre, cuando alguien responde un correo que pudo ignorar, cuando un médico revisa una vez más el expediente, cuando un editor lee un manuscrito más allá de la primera página, cuando una persona sostiene la puerta, cede el asiento, dice una palabra favorable en la reunión decisiva. Ninguno de esos actos, tomado aparte, parece gran cosa. Pero las vidas humanas no se deciden en actos grandes: se deciden en la acumulación, a favor o en contra, de actos diminutos. La Comunión Humana es esa acumulación cuando ocurre a favor.

Importa distinguirla de sus parientes falsos. No es sincronía mística: nada en el universo conspira, no hay energías alineándose ni destinos escritos. Es, si se quiere una imagen exacta, estadística de la bondad: en una red de millones de personas tomando decisiones pequeñas a cada instante, la probabilidad de que varias coincidan en beneficio de alguien no es un milagro, es una frecuencia. Y esa frecuencia no es fija: sube y baja según el estado moral de la red. Una sociedad donde la gente está atenta, descansada, agradecida y dispuesta, produce más comuniones por día que una sociedad exhausta, desconfiada y ensimismada. La esperanza, entendida así, deja de ser un sentimiento y se convierte en una variable sobre la que se puede trabajar.

Esto redefine la esperanza frente al optimismo. El optimista cree que las cosas saldrán bien, lo cual es una predicción, y las predicciones fallan. El hombre de esperanza, en cambio, no predice: confía y contribuye. Sabe que su anhelo depende de una convergencia que no controla, pero sabe también dos cosas más: que esa convergencia es posible porque ocurre todos los días en millones de vidas, y que él mismo puede aumentar su probabilidad, primero disponiéndose a verla y agradecerla, y segundo

siendo, para otros, una de las voluntades que convergen. La esperanza madura no espera sentada: teje.

La oración y la piedra encuentran aquí su lugar exacto. La oración es la voz de la Comunión Humana: el acto por el cual alguien nombra su anhelo y lo confía a la red. La piedra es su memoria: el objeto que permanece recordando ese anhelo cuando los días lo tapan. Y la comunidad de quienes comparten esta filosofía es su cuerpo: personas que registran sus anhelos y acompañan los ajenos, que oran unas por otras sin conocerse, ensayando en pequeño lo que la humanidad entera podría ser. Nada de esto garantiza resultados, y el capítulo noveno dirá con honestidad qué hacer cuando no llegan. Pero todo esto hace algo verificable: convierte a personas dispersas en red consciente, y una red consciente de sí misma converge más, y mejor, que una red dormida.

Capítulo X. El otro primero

Antes de pedir por ti, guarda un minuto de silencio y pide por alguien más.

En el corazón del ritual de esta filosofía hay un gesto que la distingue de toda la literatura del deseo personal: antes de pronunciar la oración propia, se guarda un minuto de silencio y se ora primero por otra persona. Por quien hoy espera una noticia, por quien hoy teme, por quien hoy llora sin ser visto. Puede ser alguien conocido o un desconocido absoluto; basta que sea real. Solo después, con el corazón ya vuelto hacia afuera, se pide por uno mismo. El orden no es un detalle de etiqueta: es la filosofía entera condensada en una secuencia.

Por qué importa tanto el orden. Porque el anhelo, librado a sí mismo, encierra. Quien desea intensamente algo tiende a convertirse en satélite de su propio deseo: todo lo mira desde ahí, todo lo mide desde ahí, y esa órbita estrecha es precisamente la que vuelve al deseo desesperado y ciego. Orar primero por otro rompe la órbita. Obliga a recordar que en este mismo instante alguien espera un diagnóstico, alguien cuenta monedas, alguien vela a un enfermo, y que mi anhelo, sin dejar de ser mío y legítimo, es uno entre millones. Esa ampliación no disminuye el deseo propio: lo sana. Le quita la desesperación y le deja la seriedad.

Simone Weil escribió que la atención es la forma más rara y más pura de la generosidad. Atender de verdad a otro, sostener su realidad en la mente aunque duela y aunque no reporte nada, es un trabajo, quizá el trabajo moral fundamental. El minuto de silencio por otro es un ejercicio de esa atención: un entrenamiento diario en el arte de que el otro exista para mí. Y como todo entrenamiento, transforma al que lo practica. Quien ora cada día por alguien distinto acaba viendo personas donde antes veía trámites, historias donde antes veía obstáculos. Ha cambiado su instrumento de percepción, que es lo máximo que una filosofía puede lograr.

Hay además, en este gesto, una lógica del don que las culturas antiguas conocían bien: lo que circula, une; lo que se retiene, muere. La esperanza obedece esa ley. Quien solo pide para sí acumula ansiedad; quien desea el

bien de otros descubre que la esperanza es de las cosas que se multiplican al repartirse. Por eso el manual de esta filosofía termina su instrucción con una frase que conviene leer dos veces: si mi propia oración ha de esperar, que espere; saberme capaz de desear el bien de otro ya es la primera respuesta a mi anhelo. No es un consuelo retórico. Es la constatación de que el que pide mirada y aprende a darla ya ha empezado a recibir, por la única vía que no falla, lo que pedía: dejar de estar solo.

Capítulo XI. El silencio también es una respuesta

La piedra enseña a esperar sin plazo.

Una filosofía honesta debe atravesar esta pregunta sin atajos: qué pasa cuando el anhelo no se cumple. Porque no siempre se cumple. Hay trabajos que no llegan, amores que no vuelven, salud que no regresa, hijos que no nacen. Una doctrina que prometiera lo contrario sería una estafa, y las estafas de la esperanza son las más crueles, porque cobran su precio en el momento de mayor pobreza. Esta filosofía no promete resultados. Promete compañía, sentido y una manera digna de esperar. Y sostiene algo más difícil: que el silencio, cuando llega, también es una respuesta que puede escucharse.

Escuchar el silencio significa, primero, no traducirlo inmediatamente a condena. El anhelo incumplido dispara acusaciones: contra uno mismo, no valgo, contra los demás, nadie me ve, contra la vida entera, todo está en contra. La fragilidad compartida ofrece otra lectura: la convergencia no ocurrió, o no ocurrió todavía, y en una red de millones de voluntades libres eso no es un veredicto sobre mi valor, es un hecho de la trama, como la lluvia que no cayó este año sobre un campo bien sembrado. El campesino que pierde una cosecha no concluye que la tierra lo odia. Vuelve a sembrar, porque conoce la diferencia entre un mal año y una maldición.

Escucharlo significa, segundo, dejarse preguntar por él. A veces el silencio madura el deseo: lo que se pedía con urgencia se revela, con los meses, más pequeño de lo que parecía, o distinto, o puerta hacia otra cosa que no se sabía desear. No siempre; hay pérdidas que son solo pérdidas, y ante ellas lo que corresponde no es reinterpretación sino duelo, y el duelo también necesita compañía, ritual y tiempo, no explicaciones. Esta filosofía no obliga a encontrarle sentido a todo. Obliga a algo más modesto y más firme: a no atravesar solo lo que no lo tiene todavía.

Aquí la piedra da su lección más austera. La piedra espera sin plazo. No desespera a los diez años ni a los mil; su modo de existir es la paciencia absoluta. El ser humano no puede ni debe imitar esa paciencia, porque su tiempo es breve y sus anhelos tienen estaciones. Pero puede aprender de

ella la espera activa: la que no fija fecha límite al bien, la que sigue sembrando mientras espera, la que distingue entre rendirse y soltar. Hay un momento en que sostener un anhelo lo honra, y un momento en que soltarlo con gratitud honra más a quien lo tuvo. La sabiduría de la espera consiste en reconocer ese momento, y ninguna fórmula lo enseña: solo la atención, el consejo de otros y la honestidad ante uno mismo. Lo que la filosofía garantiza no es la respuesta, sino esto: que mientras se espera, se espera acompañado, y que ningún silencio, por largo que sea, deshace la red que nos sostiene.

Capítulo XII. La geometría del universo y la geometría del corazón

Dar forma a lo informe: en eso consiste, quizá, todo consuelo.

Los antiguos griegos descubrieron algo asombroso: que en el espacio de tres dimensiones solo pueden existir cinco sólidos perfectos, cinco cuerpos cuyas caras son polígonos regulares idénticos. El tetraedro, el cubo, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro. Ni uno más, por más que se busque; la posibilidad quedó agotada para siempre. Platón quedó tan impresionado que en el Timeo los asoció a los elementos del cosmos: el fuego, la tierra, el aire, el éter y el agua. Hoy sabemos que la materia no está hecha así, pero el asombro de fondo sigue intacto: el universo tiene orden, hay formas necesarias, la realidad no es un caos que tolera cualquier cosa. La geometría es la prueba visible de que existe lo que no depende de nosotros y sin embargo nos incluye.

Esta filosofía adopta los cinco sólidos como alfabeto de sus principios: el cubo para la estabilidad, porque es el único que descansa idéntico sobre cualquiera de sus caras; el tetraedro para la valentía, el más simple y el más agudo, todo aristas hacia arriba como una llama; el octaedro para el encuentro, dos pirámides que se tocan exactamente en su base, imagen de dos que convergen; el icosaedro para la compasión, el más cercano a la esfera, el que menos hiere, el que más se adapta; el dodecaedro para la trascendencia, el más misterioso, aquel que Platón reservó para la forma del todo. No hay aquí ningún poder oculto, y conviene repetirlo: hay pedagogía de la forma. Cada sólido es un concepto que se puede sostener en la mano.

Por qué necesita el corazón esta geometría. Porque lo que más nos duele es, casi siempre, lo informe. El miedo sin nombre pesa más que el peligro identificado; la pena difusa desgasta más que el duelo declarado; el deseo confuso agota más que la meta clara. Los seres humanos sanan dando forma: poniendo en palabras, en ritos, en fechas, en objetos, aquello que dentro del pecho no tiene bordes. El diagnóstico alivia antes que la cura, porque nombra. La tumba consuela, porque localiza. La geometría del corazón es eso: el arte de dar a la vida interior contornos que la hagan

habitable. Y un pequeño sólido de piedra sobre el escritorio, elegido porque representa exactamente lo que uno necesita sostener este año, es una de las formas más simples de ese arte.

Hay, por último, una correspondencia que este capítulo quiere dejar sembrada. Así como el espacio solo admite cinco sólidos perfectos, la vida moral admite pocas cosas verdaderamente fundamentales: sostenerse, atreverse, encontrarse, compadecerse, trascenderse. Casi todo lo demás son combinaciones. Las épocas cambian los nombres y los escenarios, pero quien mira su propia vida en una noche honesta encuentra siempre esas cinco preguntas esperándolo: en qué me apoyo, a qué le temo, con quién cuento, ante qué dolor no paso de largo, para qué todo esto. La geometría del universo es descubierta; la del corazón hay que construirla, cada uno, con los mismos cinco vértices. Este libro no puede construirla por nadie. Solo puede, como la piedra, recordar que está pendiente.

Capítulo XIII. El ritual y la pausa

*Un ritual es una cerca levantada alrededor de un significado,
para que los días no lo pisen.*

La vida contemporánea ha perfeccionado la velocidad y extraviado la pausa. Todo empuja hacia el siguiente estímulo, la siguiente tarea, la siguiente notificación; los días se consumen sin ser vividos, como se hojea un libro sin leerlo. En ese régimen, lo importante no muere por ataque sino por desatención: nadie decide olvidar sus anhelos, sus gratitudes, sus promesas; simplemente nunca encuentra el momento de recordarlos. Contra esa erosión, la humanidad inventó hace milenios una tecnología que no ha sido superada: el ritual. Un tiempo apartado, unos gestos fijos, unos objetos precisos, para que lo que importa tenga, al menos una vez, toda la atención.

El ritual no necesita religión, aunque las religiones hayan sido sus grandes arquitectas. Lo prueba la vida cotidiana: las velas del cumpleaños que se soplan con los ojos cerrados, el minuto de silencio en el estadio, el brindis con la copa en alto, la primera piedra de un edificio, el apretón de manos que sella lo hablado. Nadie cree que la vela conceda deseos ni que el brindis altere el vino; y sin embargo nadie quiere un cumpleaños sin velas ni un acuerdo sin apretón. Sabemos, con un saber más viejo que toda teoría, que los gestos hacen algo que las palabras solas no hacen: marcan, separan, consagran. El ritual convierte un instante cualquiera en un umbral.

El ritual de esta filosofía dura cinco minutos y tiene la estructura de toda liturgia verdadera: preparación, ofrenda, palabra, silencio, cierre. Se abre lentamente la caja, porque la lentitud es la primera ofrenda. Se despliega el paño y se percibe el aroma, y aquí trabaja una de las complicidades más finas entre el cuerpo y la memoria: el olfato es el sentido que mejor recuerda, y un aroma asociado a un propósito lo traerá de vuelta, intacto, cada vez que reaparezca. Se guarda el minuto de silencio por otro. Se toma la piedra, se siente su peso y su temperatura, se lee la oración propia. Se permanece un momento callado. Se devuelve la piedra a su pirámide y se cierra. Eso es todo, y no es poco: es un claro abierto en la

semana, un lugar en el tiempo donde el anhelo puede existir sin competir con nada.

A quien objete que repetir gestos es superstición, cabe responder que la repetición es la forma que tiene el cuidado cuando se aplica al tiempo. Regar una planta cada día no es superstición; es lo que la planta necesita. Los significados humanos también se riegan: el amor con aniversarios y gestos diarios, la memoria con conmemoraciones, la amistad con encuentros que vuelven. Lo que no se repite, se seca. El ritual de la piedra no pretende torcer el mundo mediante fórmulas; pretende algo más humilde y comprobable: que una vez por semana, al menos, una persona se detenga, recuerde quién quiere ser, ore por alguien, nombre su anhelo y vuelva a sus días un poco más entera. Si eso ocurre, el ritual ya cumplió. Todo lo demás que ocurra vendrá, como siempre, de la red humana; pero llegará a alguien que estaba despierto para recibirlo.

Capítulo XIV. La humanidad como un solo cuerpo

Soy porque somos.

La filosofía africana del ubuntu lo dice en una fórmula que no necesita comentario y merece libros enteros: una persona es persona a través de las otras personas; soy porque somos. No es una metáfora amable, es una descripción exacta de cómo llegamos a ser lo que somos: recibimos el cuerpo de dos personas, la lengua de una comunidad, el nombre de una historia familiar, las ideas de tradiciones que no elegimos, el pan de manos innumerables. El yo no es el punto de partida de la vida humana; es su resultado, siempre provisorio, siempre en deuda, siempre entretejido. La fragilidad compartida no es más que la conciencia de ese tejido, y la Comunión Humana su ejercicio deliberado.

Un cuerpo: la imagen es antigua y sigue siendo la mejor. En un cuerpo, ningún órgano prospera solo; la salud es un estado de la circulación, no una propiedad de las partes. Cuando una parte sufre y las demás la ignoran, lo que enferma es el conjunto. Las sociedades funcionan igual, solo que su circulación no es de sangre sino de atenciones, oportunidades, palabras favorables, puertas abiertas. Por eso la indiferencia no es neutral: es una obstrucción. Y por eso el gesto mínimo, la mirada del capítulo sexto, el minuto de silencio del octavo, no es sentimentalismo sino fisiología social: mantiene la circulación viva en el capilar que a cada uno le toca.

Este cuerpo, además, no está hecho solo de los vivos. Hacia atrás, lo componen los muertos que nos legaron todo lo que usamos para vivir: los que domesticaron el trigo, los que pulieron las palabras, los que murieron por libertades que ya no notamos, la multitud sin nombre cuyo trabajo somos. Hacia adelante, lo componen los que no han nacido, que recibirán de nosotros un mundo más hospitalario o más duro según lo que hagamos con nuestros años. Orar a la humanidad es orar también a esa doble ausencia: agradecer a los que ya no pueden oír y comprometerse con los que todavía no pueden pedir. Todo anhelo bien llevado, todo trabajo honesto, toda esperanza sembrada, es una herencia en tránsito.

Quede al final la imagen que resume el libro entero: la apacheta. En el paso de la montaña, cada viajero deja una piedra. Ninguna piedra, sola, señala nada; el montículo, hecho de miles, marca el camino, resiste el viento, dice a cada caminante nuevo que otros pasaron y que se puede pasar. Así la humanidad: un monumento hecho enteramente de fragilidades individuales que, superpuestas, sostienen. Cada vida que ora, espera, acompaña y permanece es una piedra depositada en ese montículo común. Nadie ve el conjunto desde adentro; no hace falta. Basta con dejar la propia piedra bien puesta, y con saber, al dejarla, que las manos que la depositan fueron sostenidas, para llegar hasta ahí, por todas las anteriores.

Epílogo. Una ética práctica de la fragilidad compartida

Una filosofía de vida se demuestra en los días o no se demuestra en absoluto. Este epílogo traduce todo lo anterior a disposiciones practicables, sin misterio y sin costo, al alcance de cualquier semana.

Ver la red: ante cada cosa buena de la propia vida, preguntarse quiénes la hicieron posible, y nombrar mentalmente a algunos. Agradecer en concreto: elegir cada semana a un autor invisible y darle las gracias con nombre y motivo, en persona si se puede. Pedir con dignidad: no esconder la propia necesidad; formularla con claridad ante quien puede ayudar, sabiendo que pedir honra al otro. Mirar primero: dirigir deliberadamente la mirada a quien no suele ser mirado, sostenerla un segundo más, preguntar un nombre. Guardar el minuto: antes de toda petición propia, un minuto de silencio y de deseo sincero del bien de otra persona, conocida o no.

Acompañar sin arreglar: ante el dolor ajeno, resistir la tentación de la solución inmediata y ofrecer primero presencia, que es lo que el silencio del otro suele estar pidiendo. Celebrar lo ajeno: alegrarse del logro de otro como se alegra el cuerpo entero de la salud de una de sus partes, y decírselo. Sostener un símbolo: tener un objeto que permanezca, una piedra u otro cualquiera, cargado por uno mismo de un propósito, y dejar que lo recuerde cuando los días lo tapen. Esperar activamente: no poner fecha límite al bien, seguir sembrando mientras se espera, y aprender a distinguir el momento de sostener un anhelo del momento de soltarlo con gratitud. Permanecer: ser, para al menos una persona, aquello que la piedra es para su dueño, una presencia que no se va cuando todo cambia.

Quien practique estas diez disposiciones no controlará su destino; nadie lo controla, y esta filosofía no vende ese espejismo. Obtendrá algo más sobrio y más real: vivirá dentro de la verdad de su condición, que es la de un ser frágil sostenido por otros y sosteniendo a otros, en lugar de vivir contra ella. Verá más, agradecerá más, esperará mejor y estará menos solo, y hará que otros lo estén menos. Si muchas personas lo hacen a la vez, la frecuencia de la Comunión Humana subirá en el pedazo de red que les toca, y algunas vidas, quizá la propia, cambiarán de curso por

convergencias que nadie podrá atribuirse del todo. Así trabaja la red: sin dueño, sin ruido, sin garantías, desde siempre.

Al terminar este libro, el lector puede hacer lo que los caminantes hacen en el paso de la montaña desde hace miles de años. Elegir una piedra. Cargarla, no de poderes, sino de una intención dicha en voz baja. Y dejarla donde la vea a menudo, para que recuerde lo que él olvidará. La piedra hará entonces lo único que sabe hacer, lo único que este libro, en el fondo, ha querido enseñar a hacer: permanecer. Creer en la humanidad y permanecer. Todo lo demás, si ha de llegar, llegará por las manos de alguien.

Los pilares. Fundamentos interdisciplinarios del ensayo

La primera parte de este libro fue meditación; esta segunda es fundamentación. Porque una filosofía de vida que quiera perdurar no puede sostenerse solo en la belleza de sus imágenes: debe mostrar que dialoga con lo mejor que el pensamiento humano ha dicho sobre sus temas. La tesis que estos pilares sostienen puede formularse en una sola frase: el ser humano necesita símbolos tangibles para expresar esperanzas invisibles, y esas esperanzas adquieren sentido cuando reconocemos nuestra dependencia mutua y la responsabilidad compartida de cuidar unos de otros. Ocho disciplinas convergen en esa tesis. Ninguna de ellas queda absorbida por esta filosofía, ni esta filosofía pretende hablar en nombre de ninguna: lo que sigue es un diálogo, no una anexión. Y conviene decirlo una vez más antes de empezar: en ninguno de estos pilares se afirmará que la piedra posee poder alguno. Lo que se fundamenta no es el objeto, sino el acto humano que el objeto acompaña.

1. Antropología filosófica: el animal simbólico

La pregunta primera es por qué el ser humano necesita símbolos, y su respuesta clásica pertenece a Ernst Cassirer. En su Antropología filosófica, Cassirer sostiene que el hombre no vive únicamente en un universo físico sino en un universo simbólico: el lenguaje, el mito, el arte, la religión y el rito son las formas mediante las cuales lo humano se constituye como humano. Entre el estímulo y la respuesta, donde el animal reacciona, el hombre interpone un mundo de significados. Por eso Cassirer propone definirlo no como animal racional sino como animal simbólico. Desde esta perspectiva, el gesto central de este libro es antropológicamente exacto: cuando una persona carga una piedra con una intención, no comete un error sobre la naturaleza del mineral; ejerce la operación constitutiva de su especie, la que convierte sonidos en palabras, trapos en banderas, anillos en promesas y piedras en memoria.

Paul Ricoeur añade la razón por la que el símbolo no se agota. Su fórmula célebre, el símbolo da que pensar, señala que el símbolo auténtico nunca termina de decir lo que dice: a diferencia del signo técnico, que

significa una sola cosa y se consume en ella, el símbolo mantiene una reserva de sentido que invita a volver, a interpretar de nuevo, a descubrir más. Eso explica por qué la piedra de esta filosofía no se gasta con el uso: cada retorno del ritual encuentra en ella un espesor nuevo, porque quien vuelve ya no es el mismo. Y Mircea Eliade aporta la tercera pieza: en sus estudios sobre el rito muestra cómo un objeto cotidiano, sin cambiar físicamente en nada, cambia existencialmente cuando es incorporado a un rito; queda separado del uso ordinario y pasa a pertenecer al orden del significado. No hay en ello magia: hay consagración, que es un acto humano, documentado en todas las culturas, y perfectamente comprensible sin sobrenaturaleza.

2. Fenomenología: el cuidado y el rostro

La segunda pregunta es qué experimenta una persona cuando realiza el ritual, y la fenomenología dispone de dos respuestas mayores. Martin Heidegger describió la existencia humana como cuidado, *Sorge*: el ser humano no está simplemente presente en el mundo como una cosa entre cosas, sino que existe proyectado hacia adelante, ocupándose, anticipando, esperando. La esperanza no es entonces un adorno emocional sino un rasgo de la estructura misma del existir: somos el ente al que su propio futuro le importa. El ritual de la piedra trabaja exactamente sobre esa estructura: da forma, fecha y objeto al estar proyectado que de todos modos somos, y convierte la ansiedad difusa por el porvenir en anhelo nombrado.

Emmanuel Lévinas, ya presente en el capítulo octavo, completa la escena desde el otro lado. Para Lévinas la ética no comienza en principios abstractos sino en la experiencia del rostro: el rostro del otro me interpela, me pide, me responsabiliza antes de todo razonamiento. La oración de esta filosofía, leída fenomenológicamente, es una petición de rostro: que alguien me vea, que mi rostro interpele a alguien. Y su reverso es levinasiano en sentido estricto: quien pide ser rostro para otros queda convocado a responder a los rostros que lo interpelan. Si hubiera que traducir a Lévinas al lenguaje de este libro, se diría: la salvación, si esa palabra conserva un sentido laico, comienza cada vez que alguien responde al rostro de otro.

3. Psicología: el sentido y el símbolo interior

Viktor Frankl aporta a este ensayo quizá su pilar más firme, porque lo aporta desde la experiencia límite. Superviviente de los campos de concentración, Frankl observó que quienes conservaban un sentido, alguien que los esperaba, una obra por terminar, una promesa que cumplir, resistían lo que parecía irresistible, y condensó esa observación en la máxima que hizo suya de Nietzsche: quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo. Su logoterapia sostiene que la búsqueda de sentido es la motivación primaria del ser humano, más honda que el placer y que el poder. La piedra de esta filosofía debe leerse en esa clave exacta: no entrega soluciones, entrega sentido; no cambia las circunstancias, cambia la relación de la persona con sus circunstancias, que es, según Frankl, la última de las libertades humanas y la única que nada puede confiscar.

Carl Gustav Jung explica, por su parte, por qué los símbolos hacen efecto psicológico real sin necesidad de poderes. Para Jung, el símbolo moviliza procesos internos porque habla el idioma en que el psiquismo profundo trabaja: el de las imágenes. Un concepto se entiende; un símbolo se habita. Por eso las personas de todas las culturas han usado objetos, mandalas, talismanes y ritos para atravesar transiciones: no porque los objetos actúen sobre el mundo, sino porque actúan sobre quien los usa, ordenando afectos, concentrando la intención, dando figura a lo informe. Este libro toma de Jung esa sobriedad: el efecto de la piedra es interior, es real precisamente por ser interior, y no necesita ser más que eso.

4. Filosofía de la esperanza: Marcel y Bloch

Gabriel Marcel estableció la distinción que el capítulo noveno de este libro utiliza: el optimismo es un cálculo sobre los hechos, la esperanza es una actitud del ser. El optimista dice las cosas saldrán bien y queda refutado cuando salen mal; el hombre de esperanza dice algo más extraño y más firme: espero, no porque tenga garantías, sino porque me niego a tratar la situación como cerrada. Marcel añade un matiz que parece escrito para esta filosofía: la esperanza plena nunca se conjuga en primera persona del singular; su fórmula es espero en ti para nosotros. Esperar es siempre

esperar con otros, de otros, para otros. La oración a la humanidad no hace sino tomar esa fórmula al pie de la letra.

Ernst Bloch, el gran filósofo de la esperanza del siglo veinte, aporta la dimensión de futuro. En *El principio esperanza* sostiene que lo humano se define por el todavía no: el ser humano es el animal que vive hacia lo que aún no existe, y sus sueños diurnos, sus utopías, sus anhelos, no son escapismo sino el modo en que lo posible presiona sobre lo real. Bloch habló de una esperanza docta, docta spes, una esperanza que se educa, que aprende a distinguir lo posible real de la mera fantasía. Este libro comparte esa exigencia: el anhelo debe nombrarse, purificarse y trabajarse, porque la esperanza no es un estado de ánimo sino una disciplina.

5. Teología: la comunidad, el anhelo del otro y la vida coram Deo

Con la teología este ensayo mantiene un diálogo deliberadamente respetuoso: no toma prestada su autoridad ni redefine sus conceptos. Lo que constata es una convergencia. La visión paulina de la comunidad como cuerpo, donde si un miembro sufre todos sufren con él, donde se manda sobrellevar las cargas los unos de los otros y alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran, describe con precisión lo que este libro llama *Comunión Humana*. Los evangelios aportan además un gesto que merece subrayarse: Jesús pregunta repetidamente qué quieres que haga por ti. No presume la necesidad del otro: la escucha. Y la parábola del samaritano muestra el mecanismo entero de esta filosofía en tres verbos: lo vio, se conmovió, se acercó. Un desconocido cambia el destino de otro mediante un acto concreto de compasión: eso es, exactamente, una convergencia de la red.

Hay un concepto que conviene tratar con especial cuidado: la expresión latina *coram Deo*, delante de Dios, con la que la tradición cristiana, y en especial la reformada, designa el vivir toda la vida en presencia consciente de Dios. Este libro no redefine ese concepto ni lo seculariza: lo respeta y dialoga con él. Quien no profesa fe alguna puede vivir el ritual de la piedra como una práctica de reflexión humana, *coram humanitate*, si se permite la expresión, delante de la humanidad. Quien cree, en cambio, podrá entender que su oración y su compromiso con los demás se realizan

también, y primeramente, coram Deo, y que la mano humana que responde es, en su lectura de fe, instrumento de una providencia. Ambas lecturas caben sin violentarse, y el magisterio católico reciente, con su insistencia en la fraternidad universal y en la figura del samaritano como paradigma de la amistad social, muestra que este terreno común no es una ilusión de este libro sino una convergencia real de nuestro tiempo.

6. Sociología: el rito que crea comunidad

Émile Durkheim demostró, en *Las formas elementales de la vida religiosa*, que los ritos no son consecuencia de las creencias sino, en gran medida, su origen: cuando un grupo se reúne alrededor de símbolos compartidos y gestos comunes, se produce una intensificación del sentimiento colectivo, una efervescencia que suelda a los individuos en comunidad. El símbolo, decía Durkheim, es el medio por el cual la sociedad toma conciencia de sí misma. Aplicado a este proyecto: cada persona que registra su piedra y acompaña el anhelo de un desconocido no realiza solo un acto privado; participa en la construcción de un nosotros, y ese nosotros es, sociológicamente, el producto más real de todo el ritual.

Victor Turner añadió el análisis de la transformación. Los ritos, mostró, operan mediante el paso por un umbral, la liminalidad: un tiempo apartado del orden cotidiano en que las jerarquías se suspenden y emerge lo que llamó *communitas*, el vínculo humano directo, sin máscaras ni rangos. Los cinco minutos del ritual de la piedra son, en términos de Turner, un espacio liminal doméstico: la persona sale por un momento de sus roles, se encuentra con su anhelo desnudo y con el de otro ser humano, y regresa transformada, no sobrenaturalmente, sino social y existencialmente, que es la única transformación que los ritos han producido siempre.

7. La evidencia empírica: lo que los rituales hacen en nosotros

La investigación contemporánea en psicología y neurociencia ha confirmado, con métodos experimentales, lo que las culturas sabían por experiencia: los rituales producen efectos medibles en quien los practica. Los estudios convergen en cuatro hallazgos. Primero, los rituales reducen la ansiedad, especialmente ante situaciones de incertidumbre o de pérdida

de control, y lo hacen incluso cuando quien los ejecuta no cree en su eficacia sobrenatural: la secuencia fija de gestos basta para regular la activación fisiológica. Segundo, restauran la sensación de agencia: frente a lo incontrolable, hacer algo estructurado devuelve a la persona la experiencia de no estar completamente a merced. Tercero, favorecen la regulación emocional del duelo y de la pérdida: quienes realizan ritos de despedida, aun privados e inventados, elaboran mejor sus pérdidas. Cuarto, la anticipación esperanzada modula el estado afectivo presente: el cerebro humano vive tanto de sus expectativas como de sus circunstancias.

Nada de esto convierte a la piedra en un dispositivo terapéutico, y este libro no la ofrece como tal ni sugiere que sustituya ayuda profesional alguna. Lo que la evidencia establece es más modesto y más sólido: el ritual no es superstición residual sino tecnología humana de organización de la experiencia, y sus efectos no requieren magia porque tienen mecanismo: atención, estructura, sentido y vínculo. Exactamente los cuatro ingredientes que el ritual de esta filosofía administra.

8. Geometría: el orden como consuelo

El último pilar es el más antiguo. Cuando Platón, en el *Timeo*, asoció los cinco poliedros regulares a los elementos del cosmos, y cuando Euclides cerró sus *Elementos* demostrando que solo pueden existir cinco, ambos estaban haciendo algo más que matemática: estaban mostrando que la realidad tiene formas necesarias, que el orden no es una imposición humana sobre el caos sino un hallazgo. Esa es la carga simbólica que este proyecto recoge de los sólidos platónicos, y la única: son representación del orden, de la armonía, de la estabilidad y de la belleza matemática, no objetos con propiedades especiales. Sostener en la mano el único cuerpo perfecto de seis caras que el espacio permite es sostener una demostración, y hay un consuelo austero y verdadero en las demostraciones: dicen que no todo es opinión, que no todo fluye, que hay cosas que son así y seguirán siéndolo. En un mundo incierto, la geometría es la más antigua de las piedras.

9. La originalidad de la propuesta

Recorridos los ocho pilares, puede decirse con precisión dónde reside la originalidad de esta filosofía, y dónde no. No reside en las piedras: los objetos simbólicos son tan viejos como la especie. No reside en los sólidos platónicos, que pertenecen a Platón y a Euclides. Ni siquiera reside en las oraciones como forma literaria. La novedad está en un desplazamiento: entender la oración como un acto de confianza en la capacidad de la humanidad para responder con empatía y compasión, y el símbolo material como recordatorio permanente de esa interdependencia. Ese desplazamiento no contradice a ninguna de las disciplinas convocadas ni a ninguna fe: Cassirer explica su posibilidad, Lévinas y Marcel su estructura, Frankl y Jung su eficacia interior, Durkheim y Turner su fecundidad social, la evidencia empírica sus efectos, la geometría su estética, y las tradiciones sagradas, como mostrará la parte siguiente, su larga prehistoria. La filosofía de la fragilidad compartida no pide permiso a estas fuentes ni las suplanta: se deja fundar por ellas, y les devuelve, a cambio, una síntesis para este tiempo.

Las raíces. La fragilidad compartida en los libros sagrados

Ninguna de las ideas de este libro es nueva, y esa es su mejor credencial. Una filosofía inventada ayer sería sospechosa; una que reaparece, con otras palabras, en todos los grandes libros sagrados de la humanidad, escritos en siglos distintos, en lenguas distintas, por pueblos que no se conocían entre sí, ha pasado la única prueba que importa: la de la experiencia humana acumulada. Esta parte final recorre esas raíces. No para convertir la filosofía en religión, sino para mostrar de qué herencia vive. Las tradiciones nombran a Dios donde este libro nombra a la humanidad, y esa diferencia es real y debe respetarse. Pero la estructura de la esperanza que ambas describen es la misma: un ser frágil que reconoce su insuficiencia, la pronuncia, confía en ser escuchado y se obliga, en el mismo acto, a escuchar a otros. El creyente podrá leer estas páginas como la confirmación de que su fe ya contenía esta sabiduría; el no creyente, como la prueba de que esta sabiduría no necesita más templo que la vida compartida. Y hay un puente que ambos pueden cruzar: en casi todas las tradiciones, lo divino actúa a través de manos humanas, de modo que confiar en la humanidad y confiar en Dios nunca fueron, en la práctica, caminos separados.

1. Un solo cuerpo, una sola familia: la interdependencia

El primer capítulo de este libro sostiene que nadie vive aislado. Las escrituras lo dijeron antes, y desde la primera página: en el relato del Génesis, lo único que Dios declara no bueno en toda la creación es la soledad del ser humano.

No es bueno que el hombre esté solo. (Génesis 2:18)

Mejores son dos que uno, porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ay del solo, que cuando cayere no habrá segundo que lo levante. Y cordón de tres dobleces no presto se rompe. (Eclesiastés 4:9-12)

Sobrellevad los unos las cargas de los otros. (Gálatas 6:2)

Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. (1 Corintios 12:26)

El Corán funda la diversidad humana en un propósito explícito de encuentro mutuo, y el judaísmo talmúdico acuñó la fórmula jurídica de la interdependencia, la responsabilidad recíproca:

Oh humanidad, os hemos creado de un hombre y una mujer, y os hemos constituido en pueblos y tribus para que os conozcáis unos a otros. (Corán 49:13)

Ayudaos unos a otros a practicar la piedad y el bien. (Corán 5:2)

Todos son responsables los unos de los otros. (Talmud, Shevuot 39a)

Si yo no soy para mí, ¿quién será para mí? Y si solo soy para mí, ¿qué soy? Y si no es ahora, ¿cuándo? (Pirkei Avot 1:14, Hillel)

Oriente llegó a la misma orilla por sus propios ríos. El hinduismo formuló el ideal de la familia universal; Confucio definió la plenitud personal como la que hace plenos a otros; y el budismo hizo de la interdependencia de todas las cosas el corazón mismo de su visión del mundo:

El mundo entero es una sola familia. (Maha Upanishad 6:71)

El hombre de bien, deseando afirmarse, afirma a los demás; deseando alcanzar sus fines, ayuda a los demás a alcanzar los suyos. (Analectas de Confucio 6:30)

Sosteniéndose los unos a los otros, alcanzaréis el bien supremo. (Bhagavad Gita 3:11)

2. Polvo, hierba, vasos de barro: la fragilidad como condición

El segundo capítulo afirma que la fragilidad no es un defecto sino la condición. Las escrituras no solo lo reconocen: hacen de esa fragilidad el lugar donde habita lo más valioso. El salmista la describe con ternura, Pablo la proclama como paradoja de fuerza, el Corán la declara sin rodeos, y el Tao Te Ching la convierte en el signo mismo de la vida:

Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo. El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció. (Salmo 103:14-16)

Tenemos este tesoro en vasos de barro. (2 Corintios 4:7)

Mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis debilidades; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Corintios 12:9-10)

El hombre ha sido creado débil. (Corán 4:28)

El hombre al nacer es blando y flexible; al morir, duro y rígido. Lo blando y lo débil es lo propio de la vida; lo duro y lo rígido, lo propio de la muerte. (Tao Te Ching 76)

Todas las cosas condicionadas son impermanentes. Quien lo ve con sabiduría se aparta del sufrimiento. (Dhammapada 277)

Nótese la convergencia: ninguna tradición propone superar la fragilidad; todas proponen habitarla con verdad. El barro no es el obstáculo del tesoro: es su vasija.

3. Viñas que no plantaste: los autores invisibles

El tercer capítulo enseña que toda realización tiene miles de autores que no firmarán la obra. Es, quizá, la idea con formulaciones bíblicas más exactas. El Deuteronomio la convierte en advertencia solemne al pueblo que va a heredar una tierra trabajada por otros; Jesús la enuncia como ley del trabajo humano; Pablo la vuelve pregunta que desarma toda soberbia:

Ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste; cuando comas y te sacies, cuídate de no olvidar. (Deuteronomio 6:10-12)

Otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores. (Juan 4:38)

¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Corintios 4:7)

Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. (1 Corintios 3:6)

La Gita añade la imagen del ciclo: los seres viven del alimento, el alimento de la lluvia, la lluvia del sacrificio, y quien recibe la cadena sin devolver nada a la rueda, dice el texto, come pan robado. Es la formulación más antigua de lo que este libro llama la deuda con los autores invisibles y el deber de convertirse en uno de ellos.

4. El Dios que ve: la mirada

El capítulo octavo sostiene que la petición más honda del ser humano es la de ser visto. La escena fundadora está en el Génesis: Agar, la esclava embarazada que huye al desierto, la persona más invisible de su mundo, mujer, extranjera y sierva, es la primera en toda la Biblia que se atreve a dar un nombre a Dios, y el nombre que elige lo dice todo:

Tú eres el Dios que me ve. (Génesis 16:13)

Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón. (Salmo 34:18)

El evangelio lleva la mirada al centro de su parábola más famosa, donde lo que distingue al samaritano de los que pasaron de largo es un solo verbo, y culmina en la escena del juicio final, donde mirar al frágil y mirar a Dios resultan ser el mismo acto, el puente exacto entre la oración religiosa y la oración a la humanidad:

Y viéndole, fue movido a misericordia. (Lucas 10:33)

Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis. En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. (Mateo 25:35,40)

El Corán recuerda al propio profeta su fragilidad pasada para fundar el mandato de la mirada:

¿No te encontró huérfano y te dio amparo? ¿No te encontró perdido y te guió? ¿No te encontró pobre y te enriqueció? Por eso, no maltrates al huérfano ni rechaces al que pide. (Corán 93:6-10)

5. Pedid y se os dará: la oración y la dignidad de pedir

El capítulo séptimo define la oración como la declaración solemne de la propia insuficiencia. Las tradiciones no solo autorizan ese pedir: lo ordenan, y le prometen cercanía. Y algo más, decisivo para este libro: mandan orar unos por otros, es decir, conciben la oración desde el inicio como un acto comunitario, una red de intercesiones donde cada uno carga los anhelos ajenos:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

(Mateo 7:7)

De lo profundo, oh Señor, a ti clamo. Señor, oye mi voz. (Salmo 130:1-2)

Orad unos por otros. (Santiago 5:16)

Cuando mis siervos te pregunten por Mí, diles que estoy cerca y respondo a la súplica de quien me invoca. (Corán 2:186)

Incluso el lamento sin respuesta tiene carta de ciudadanía en las escrituras. El salmo que Jesús mismo pronuncia en la cruz comienza con la queja más desnuda que un ser humano puede formular, y el hecho de que esté en el libro sagrado significa que quejarse también es orar, que el grito de quien no fue escuchado pertenece a la oración tanto como la alabanza:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Salmo 22:1)

6. Orando por sus amigos: el otro primero

El capítulo décimo propone el gesto distintivo de esta filosofía: orar primero por otro. Existe un versículo que lo contiene entero, y está en el libro de Job. Tras todas sus pérdidas y todos sus discursos, la restauración de Job no llega cuando ora por sí mismo. Llega en un momento exacto que el texto se cuida de precisar:

Y el Señor cambió la suerte de Job, cuando él oraba por sus amigos. (Job 42:10)

No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. (Filipenses 2:4)

Más bienaventurado es dar que recibir. (Hechos 20:35)

El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado. (Proverbios 11:25)

Si dieres tu pan al hambriento y saciares al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz. (Isaías 58:10)

El islam hizo de esta reciprocidad la medida misma de la fe, y el budismo le dio su imagen más tierna, la del amor sin condición extendido a todos los seres:

Ninguno de vosotros habrá creído verdaderamente hasta que desee para su hermano lo que desea para sí mismo. (Hadiz, colección de An-Nawawi, 13)

Así como una madre protege con su propia vida a su único hijo, así se cultive un corazón sin límites hacia todos los seres. (Metta Sutta, Sutta Nipata 1:8)

7. Todo tiene su tiempo: la espera y el silencio

El capítulo undécimo enfrenta el anhelo incumplido y propone la espera activa. Las escrituras conocen esa escuela mejor que nadie: son, en gran parte, literatura de pueblos que esperaron durante generaciones. De esa experiencia destilaron una sabiduría de la paciencia que no promete plazos y sin embargo sostiene:

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. (Eclesiastés 3:1)

Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor. (Lamentaciones 3:26)

Aunque la visión tardare, espérala, porque sin duda vendrá. (Habacuc 2:3)

La esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que alguien ve, ¿para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. (Romanos 8:24-25)

La definición de Romanos merece subrayarse porque es exactamente la del capítulo undécimo: la esperanza no es predicción de lo visible sino

paciencia ante lo invisible. Y Lamentaciones, el libro escrito sobre las ruinas de una ciudad destruida, prueba que esta sabiduría no nació de la comodidad: nació del desastre, y aun así eligió esperar.

8. ¿Qué significan estas piedras?: la piedra como memoria

Por último, la intuición que originó este libro entero, la piedra como memoria y testigo, resulta ser uno de los gestos más antiguos de las escrituras. Jacob, tras soñar con la escalera del cielo, no construye un templo: alza la piedra que le sirvió de cabecera, como señal de que allí ocurrió algo que no debe olvidarse. Josué ordena sacar doce piedras del Jordán con un propósito explícitamente pedagógico: que la piedra haga preguntar, y la pregunta haga recordar. Y Samuel da a su piedra un nombre que es una declaración de gratitud:

Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal. (Génesis 28:18)

Para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras?, les responderéis. (Josué 4:6-7)

Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó el Señor. (1 Samuel 7:12)

Vosotros también, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual. (1 Pedro 2:5)

Os digo que si estos callaran, las piedras clamarían. (Lucas 19:40)

En el islam, la piedra ocupa el centro físico de la fe: hacia la Kaaba, la casa de piedra, se vuelven cinco veces al día millones de rostros, de modo que la piedra funciona allí como el punto donde la humanidad orante converge, la imagen misma de la Comunión Humana. Y la imagen de Pedro, piedras vivas edificadas juntas, es hermana exacta de la apacheta con la que cerró el capítulo decimocuarto: nadie es el edificio, todos son el edificio.

9. El punto donde todas las tradiciones se tocan

Si hubiera que elegir un solo lugar donde todos los libros sagrados coinciden literalmente, sería la regla de oro, formulada de manera independiente en cada tradición con una unanimidad que sigue asombrando:

Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos. (Mateo 7:12)

Lo que te sea odioso, no lo hagas a tu prójimo. Esta es toda la Torá; lo demás es comentario. Ve y estudia. (Talmud, Shabat 31a, Hillel)

Lo que no desees para ti, no lo hagas a los demás. (Analectas de Confucio 15:24)

No hagas a otros lo que te causaría dolor si te fuera hecho a ti. (Mahabharata 5:1517)

Y hay una segunda coincidencia, aún más honda para este libro, entre la Mishná judía y el Corán, que formulan con palabras casi idénticas la tesis de la humanidad como un solo cuerpo:

Quien destruye una vida es como si destruyera un mundo entero, y quien salva una vida es como si salvara un mundo entero. (Mishná, Sanedrín 4:5)

Quien salvara una vida sería como si hubiera salvado a la humanidad entera. (Corán 5:32)

Con esto queda dicho lo esencial. La Filosofía de la Fragilidad Compartida no es una invención: es una traducción. Traduce al lenguaje laico de nuestra época una sabiduría que la humanidad viene escribiendo desde que escribe, en el desierto y en la cordillera, en hebreo, en árabe, en griego, en sánscrito, en pali y en chino: que somos polvo y por eso preciosos, que nadie se salva solo, que pedir es digno, que mirar obliga, que la suerte cambia cuando se ora por los amigos, y que cuando el ser humano quiere que algo importante no se olvide, desde Jacob hasta el último caminante de la cordillera, hace siempre lo mismo. Pone una piedra.